

Zeitschrift:	Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber:	Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band:	- (2010)
Heft:	15-16
 Artikel:	Dulcinea : una ilusión con mil caras
Autor:	Carmen López Marín, Ma del
DOI:	https://doi.org/10.5169/seals-1047315

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 31.12.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Dulcinea: una ilusión con mil caras.

M^a del Carmen López Marín *Universidad de Castilla La Mancha*

“Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica” [II, 32]. Así habla don Quijote de su amada, y así es como debemos asimilar las ambigüedades de este personaje incorpóreo e idealizado, que aparece y se esfuma ante los enamorados ojos del hidalgo con la habilidad de un duende. Dulcinea es una doncella etérea y deificada en esencia pero de aspecto tosco y pueblerino a causa de la impía envidia de los encantadores. A lo largo de la obra, esta dama concebida a partir de los modelos caballerescos irá sufriendo una serie de disparatadas metamorfosis en función de los intereses de los personajes: don Quijote, Sancho, los Duques... Pero en el fondo, Dulcinea no deja de ser la más perfecta muestra de amor neoplatónico, la fuerza vivificadora que acelera el corazón de nuestro caballero y anima los espíritus que anidan en él. Pase lo que pase, don Quijote siempre guardará fe a esta dama intemporal y virtuosa, “día de su noche, gloria de su pena, norte de sus caminos y estrella de su ventura”.

Asistimos al nacimiento de Dulcinea en el primer capítulo, cuando don Quijote, guarnecido de todos los accesorios del perfecto caballero andante, advierte “que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma” [I, 1]. El hidalgo cree imprescindible la devoción a una “dulce señora” a la que encomendarse y ofrecer los frutos de sus victorias. Decide otorgar el título de “señora de sus pensamientos”

a Aldonza Lorenzo¹, “moza labrador de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado” (ver texto 1). Aquí observamos cómo desde el primer momento actúa la transfiguración literaria, tomando como referencia real una moza del Toboso y encumbrándola a emperatriz de la Mancha. Según Martín de Riquer², el nombre de Aldonza era de una vulgaridad intolerable, hasta el punto que corría el proverbio “A falta de moza, buena es Aldonza”; además de remitir al nombre de la protagonista de *La lozana andaluza*, prostituta y alcahueta.

Don Quijote comienza su andadura en el campo de Montiel lanzando suspiros por la princesa Dulcinea, señora de su cautivo corazón. Cervantes nos cuenta entonces que “volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: [...] Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.” Don Quijote ya se ha convertido en el amante cortés medieval, que muere de amor por su dama, distante e inalcanzable.

Es en el episodio de los mercaderes toledanos cuando, decidido a imitar cuanto ha leído en los libros, pretende que éstos confiesen que “no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso” [I, 4]. Después de ser vilmente apaleado, se acuerda de ella citando unos versos de un conocido romance:-¿Dónde estás, señora mía, que no te duele mi mal? [I, 5]. Así, Dulcinea ha pasado de ser una aldeana antiguamente admirada en silencio a una altísima señora cuya belleza supera todos los cánones. El enamoramiento cerril de don Quijote llega a causarle insomnio, ya que “toda aquella noche no durmió [...] pensando en su señora Dulcinea, por acostumbrarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras”[I,8].

Cervantes pronto nos muestra la otra cara de Dulcinea: cuenta que encontró la historia del valeroso don Quijote en el Alcaná de Toledo, y que el morisco que la tradujo comenzó a reír cuando leyó la siguiente anotación al margen: “Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la me-

¹ Sobre el personaje de Aldonza Lorenzo, véase el capítulo II.3 del libro de Agustín Redondo, “Del personaje de Aldonza Lorenzo al de Dulcinea del Toboso” en *Otra manera de leer el “Quijote”*, Castalia, Madrid, 1997, pp.231-249.

² Martín de Riquer: *Aproximación al Quijote*, prólogo de Dámaso Alonso, Salvat, Navarra, 1970, pp.49-50.

jor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha" (ver texto 2). Es decir, en contraposición a los datos que hasta el momento nos había ofrecido don Quijote, ahora conocemos la realidad, degradante y burlesca, muy lejos de la principalidad y refinamiento que don Quijote exige a su amada. De modo que gracias al testimonio de Cide Hamete Benengeli podemos observar desde el principio dos imágenes antitéticas de la sin par Dulcinea.

Don Quijote defiende en su diálogo con el caminante Vivaldo que "no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas". [I, 13] Vivaldo pide que le diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, a lo cual él responde usando los tópicos petrarquistas de la belleza femenina (ver texto 3). Don Quijote describe a Dulcinea de arriba a abajo, al modo de los poetas renacentistas: su cabello, oro; su frente, campos elíseos, sus cejas, arcos del cielo...

El héroe decide hacer penitencia en Sierra Morena, imitando a Amadís en la Peña Pobre cuando se vio desdeñado por Oriana. Escribe una carta de amor a Dulcinea pero en ese momento piensa en Aldonza como destinataria pues recuerda que no sabe leer ni escribir (ver texto 4), y todos los datos que ofrece a continuación corresponden más o menos con la realidad, excepto el detalle irónico del recato y encerramiento con que su padre la ha criado, pues a continuación Sancho comenta el carácter desenfadado y burlón de Aldonza. El escudero ofrece una descripción feísta y de tono bajo que constituye la antítesis de las descripciones anteriores de Dulcinea y que contribuye a reforzar el contraste brutal entre las múltiples concepciones de la dama. Según Sancho, "lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire" [I, 25]. Es decir, Aldonza es el contrapunto de la exquisitez y el comedimiento. Sancho confiesa que, hasta ese momento, pensaba que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa o persona principal, así que, a partir de ahora, jugará con estas dos visiones de la amada, tomando como referencia a la labrador o a la princesa según convenga. Don Quijote, en un alarde de sinceridad e incluso en un asomo de cordura, le pone el ejemplo de la viuda y el mozo, concluyendo que "por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra" [I, 25]. Y añade que, del mismo modo que las damas de los poemas son sublimaciones de mujeres de carne y hueso, así

él ha idealizado a Aldonza por su imaginación poética³. Lo cierto es que es suficiente para don Quijote imaginarla así para amarla (ver texto 6). Recuérdese que según las teorías neoplatónicas no era condición necesaria para el enamoramiento el hecho de tener contacto con la persona amada, ni siquiera era necesario que esta persona hubiera existido jamás. El amor, según esta doctrina, consistía en una afinidad de las almas. De acuerdo con esto, don Quijote está enamorado de una ilusión que corresponde estrechamente a sus ideales caballerescos. Y añade, con la dignidad con que desempeña todos sus actos: "Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos" [I, 25].

En la carta de amores que escribe a su dama, la llama "sobrana y alta señora, dulcísima Dulcinea del Toboso", además de usar los típicos oxímoros de la poesía petrarquista al llorar su ausencia: ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía! . Don Quijote ha dibujado a Dulcinea en su conciencia con las pinceladas que definen a la sublime *donna angelicata*.

Sancho regresa de su infructuosa embajada (recordemos que no llegó a ir al Toboso porque se encontró en el camino con el cura y el barbero que lo llevaron de vuelta a Sierra Morena). Don Quijote le pregunta impaciente qué le ha dicho la "reina de la hermosura" y en qué noble ocupación la encontró, tal vez ensartando perlas o bordando con cañutillo de oro alguna empresa para su caballero. Sancho inventa una entrevista con una posible Aldonza Lorenzo, creando así la primera ficción que Sancho presenta de Dulcinea⁴. Sancho la describe como una curtida labrador que estaba ahechando dos hanegas de trigo. La imaginación poética de don Quijote actúa de inmediato y le dice que haga cuenta que eran perlas entre sus manos. Le pregunta por su altura y su aroma sabeo, a lo que él da a entender que era corpulenta y desprendía "un olorcillo algo hombruno" (ver texto 7).

Caballero y escudero llegan a una venta tras varios acontecimientos y don Quijote sueña con Dulcinea mientras Maritornes y la hija de la ventera le gastan una broma pesada. En sus palabras observamos la ferviente devoción que don Quijote muestra hacia su dama (ver texto 8). La imagina pensando en él, su cautivo caballero, "paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios" [I, 43].

³ Op. cit., p. 88.

⁴ Op. cit., p. 93.

En el Quijote de 1615 observamos un cambio en la concepción del personaje. Florencio Sevilla señala que en la *Primera Parte* se identificó a Dulcinea del Toboso con Aldonza Lorenzo, en tanto que ahora no se asocia en absoluto con ninguna persona real⁵. Es decir, Dulcinea ha dejado de ser la sublimación o el *contrafactum* de Aldonza Lorenzo para constituir una entidad en sí misma, deslindada de cualquier referencia terrena.

Don Quijote emprende la tercera salida decidido a ir al Toboso antes de acometer cualquier otra aventura, pues la bendición de Dulcinea le hará único a la hora de emprender sus hazañas y “cualquier rayo que del sol de su belleza llegue a mis ojos alumbrará su entendimiento y fortalecerá su corazón” [II,8]. Pide a Sancho que lo guíe hasta el palacio de Dulcinea y reconoce que está enamorado “de oídas”, por su buena fama, y que jamás la ha visto, por lo tanto, ya no se refiere a Aldonza Lorenzo (ver texto 9). Estamos ante el viejo tópico trovadoresco, el amor de *lonh* de Jaufre Rudel, tan frecuentemente tratado en la literatura medieval como en la caballerescas⁶.

Hasta aquí ha sido don Quijote quien ha amoldado la realidad a sus gustos; a partir de ahora serán los demás (Sancho, los Duques...) quienes le presenten un mundo fabuloso, mientras que los sentidos no engañarán al héroe, y recurrirá entonces al encantamiento como *deus ex machina*.

Sancho, comprendiendo la imposibilidad de encontrar a Dulcinea y que ésta se digne “de echarle su bendición para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos”, decide hacerle creer que una fea labrador es Dulcinea y que un maligno encantador ha mudado su figura. Entonces le presenta a tres labradoras sobre tres pollinos, a las que describe bellísimas: “sus doncellas y ellas todas son una escua de oro” [I, 10]. Ésta es la segunda vez que Sancho presenta una ficción de Dulcinea. Don Quijote se postra a sus pies, quedando perplejo y profundamente desilusionado ante la visión de las tres aldeanas (ver texto 10).

La moza, al contemplar tan ridículo espectáculo, pide que le dejen pasar, usando un lenguaje de una rusticidad desmedida (ver texto 11). El héroe, tras consultar el “código” del caballero andante, le explica a Sancho que los encantadores ya han vuelto a hacer de las suyas. Ruega a la “encantada” Dulcinea que lo

⁵ Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha* 2, edición de Florencio Sevilla, introducción de Antonio Rey, Alianza editorial, Madrid, 2001, p. 833.

⁶ *Op. cit.*, p. 846.

mire amorosamente, ya que él tiene una nube en los ojos y no puede admirar su belleza. La reacción de la aldeana rompe bruscamente el encanto:

“—!Tomá que mi agüelo! —respondió la aldeana—. ¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos! Apártense y déjenmos ir, y agradecérsele hemos [II,10].

Observamos un juego continuo de contraposición entre dos planos bien diferenciados: el de la *donna angelicata*, la princesa de belleza celestial rodeada de elementos delicados y entregada a oficios nobles (plano imaginario que corresponde al pensamiento de don Quijote) y la ruda labrador, sucia y analfabeta, con buena mano para salar cerdos y ahechar el trigo (plano real).

Don Quijote afirma que la crueldad de los encantadores es tan extrema, que no se contentaron con transformarla en una zafia aldeana, sino que le quitaron uno de sus mayores atractivos: su perfume. Tal era el tufo que desprendía la labrador que a don Quijote se le turbó el sentido. El caballero dice que transformaron sus lindos ojos en agallas alcornoqueñas y su cabello de oro en cerdas de cola de buey. No obstante, como él sabía la hermosura que se escondía bajo esa corteza, afirma que no veía su fealdad sino su belleza; notando además algunos lunares que, por ser de Dulcinea, para él no eran sino lunas y estrellas.

La segunda vez que don Quijote ve a Dulcinea es en la cueva de Montesinos, quien le muestra “tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras” (ver texto 12). Dulcinea vive pobemente (una de sus doncellas pide limosna a don Quijote), así como carente de su “agradable vista y discreta conversación” [II,23].

Ya en el palacio de los Duques, la duquesa le pide, con su guasa habitual, que le hable de la hermosura de Dulcinea, y él reconoce que con la desgracia que hace poco le sucedió está más “para llorarla que para describirla” (ver texto 13). La duquesa le pregunta entonces si es cierto que él nunca ha visto a Dulcinea, porque tiene entendido “que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso”, a lo que don Quijote responde: “en eso hay mucho que decir” (ver texto 14). Considero que en esta respuesta se condensa toda la esencia de este atractivo personaje.

La tercera y última vez que don Quijote “verá” a Dulcinea será en el episodio en el que los Duques idean el artificio de traer

a Merlín para que la desencante. Ahora se mostrará en la figura de un imberbe joven disfrazado de ninfa, “con una voz no muy adamada” (ver texto 15).

Don Quijote ama a Dulcinea indefectiblemente, muestra de ello es la respuesta que da a los huéspedes de la venta en el capítulo 59 cuando le preguntan por Dulcinea (ver texto 16). La historia está llegando a su fin, don Quijote es derrotado por el Caballero de la Blanca Luna, defendiendo hasta el final que “Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo” (II, 64). En el camino de regreso a su pueblo, Sancho termina de darse los tres mil azotes, con lo cual Dulcinea queda supuestamente desencantada y “don Quijote contento sobremodo, y esperaba el día, por ver si en el camino topaba ya desencantada a Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba a reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín” [II,72].

Don Quijote cuenta al cura y al barbero su propósito de hacerse pastor. Sansón Carrasco propone que “cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos”, a lo cual don Quijote responde que él ya tiene a su único amor, y está “libre de buscar nombre de pastora fingida, pues ahí está la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y, finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea” [II,73].

Cuando don Quijote cae enfermo, Sancho le anima así:

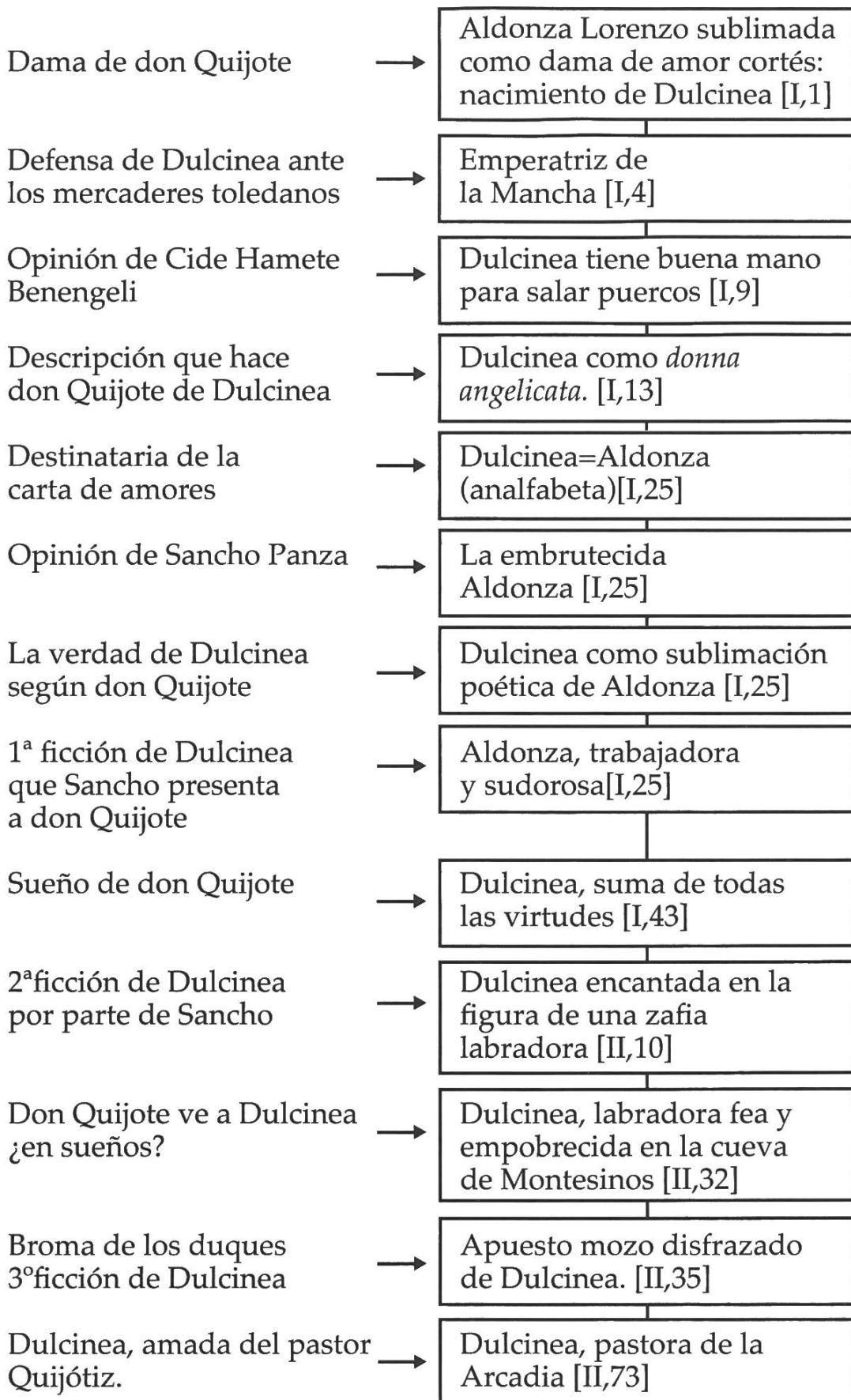
“Mire no sea perezoso, sino levántese de la cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver” [II,74]. Pero Dulcinea ya se había despedido de Alonso el Bueno, volatinizándose como por arte de magia.

En la Mancha de don Quijote no hay sitio para Dulcineas, sino para Aldonzas; y, como dijo el labrador del Toboso, “cada una en su casa puede ser princesa”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Avalle-Arce, Juan Bautista de: *Enciclopedia cervantina*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997.
- Casalduero, Joaquín: *Sentido y forma del "Quijote"*, Ínsula, Madrid, 1975, 4^a edición.
- Cervantes, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha* 2, edición de Florencio Sevilla, introducción de Antonio Rey, Alianza editorial, Madrid, 2001.
- Cervantes, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, texto fijado y comentado por Martín de Riquer a partir de la edición príncipe de Juan de la Cuesta, Círculo de Lectores, Madrid.
- Cotarelo Valledor: *La Dulcinea de Cervantes*, conferencia pronunciada en la Universidad de Madrid, Publicaciones del Instituto de España, Madrid, 1947.
- Fernández, Jaime: *Bibliografía del "Quijote" por unidades narrativas y materiales de la novela*, Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 1995.
- Redondo, Augustín: *Otra manera de leer "el Quijote". Historia, tradiciones culturales y literatura*, Castalia, Madrid, 1997.
- Riquer, Martín de: *Aproximación al Quijote*, prólogo de Dámaso Alonso, Salvat, Navarra, 1970.

Dulcinea: una ilusión con mil caras.



Textos

1. ¡Oh, cómo se holgó nuestro caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labrador de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso, nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto [I,1].
2. “Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha” [I,9].
3. –Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo se decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y químéricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas [...] y su linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos[...][I,13]
4. Y hará poco al caso que vaya de mano ajena porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni

leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar. Y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese echado de ver la una que la miraba; tal es el recato y encerramiento con que su padre, Lorenzo Corchuelo, y su madre, Aldonza Nogales, la han criado.[I, 25]

5. –Bien la conozco –dijo Sancho–, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz![...]ha muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. [I,25]
6. Y así, bástante a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. [...]Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina.[I, 25]
7. –Medíme en esta manera-respondió Sancho:-que llevándole a ayudar a poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo[...]sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa. –No sería eso, respondió don Quijote[...]porque yo sé bien a lo que huele

aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.[I,31]

8. –¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y, últimamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo![I,43].
9. –Tú me harás desesperar, Sancho-dijo don Quijote-.Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? [II,9].
10. [...] y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios [II,10].
11. Mas, ¡jo, que te estrego, burra de mi suegro! ¡Mirad con qué se vienen los señoritos ahora a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino, e déjenmos hacer el nuesto, y serles ha sano [II, 10].
12. Montesinos[...]me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablamos a la salida del Toboso[...] Conocíla, respondió don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra; antes me volvió las espaldas y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara [II,23].
13. Hállela encantada y convertida de princesa en labadrora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en

brincadora, de luz en tinieblas, y, finalmente, de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago [II,32].

14. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica, o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas [II,32].
15. [...]la argentada ninfa que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que a todos pareció más que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil y con una voz no muy adamada[...][II,35].
16. -Dulcinea se está entera, y mis pensamientos, más firmes que nunca; las correspondencias, en su sequedad antigua; su hermosura, en la de una soez labrador transformada.[II,59]
17. Yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura[...][II,73].

